

una rosa no es todas las rosas

Cayetano Limorte Menchón

Decía Rilke que “una sola rosa es todas las rosas”, pero los *Ocho puntos de vista de un pétalo de rosa bicolor* de Mikha-ez nos revelan que una rosa también puede ser una única rosa. Esa rosa que, como en *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, ha sido domesticada, es decir, regada, puesta bajo un globo protector de cristal y liberada de las orugas salvo las dos o tres que se han convertido en mariposas.

Sólo una rosa puede ser todas las rosas cuando sabemos cómo es una rosa, cuando la reducimos a lo más esencial de todo, a la idea de rosa. Pero ¿es posible reducir una rosa a una idea? Es más, ¿seríamos capaces de saber cómo es una rosa sólo partiendo de su idea? Quizás Marcel Duchamp llevaba razón cuando decía que “en general, cuando se dice ‘sé’, no se sabe, se cree”. Creemos saber qué es una rosa, “flor del rosal, notable por su belleza, la suavidad de su fragancia y su color”, pero nunca podremos saber cómo es una rosa a menos que vayamos a su encuentro, pues como escribió Miguel Hernández en su poema: “De la contemplación nace la rosa”.

Así esta rosa, contemplada, diseccionada y conservada fotográficamente, a pesar de los ocho puntos de vista de uno de sus pétalos, no nos revela ese *cómo* que andamos buscando. Esta rosa ya no es una rosa sino el enigma de todas las rosas. Es la brecha que se abre ante la creencia de Gertrude Stein de que “una rosa es una rosa”. Pues esta rosa, o más bien, esta imagen inconclusa del pétalo de una rosa, es un punto de inflexión, un paso más allá de toda lógica racional, sin duda alguna una radical llamada a la acción.

Dice Jose Luís Pardo en su ensayo sobre *Las formas de la exterioridad* que “las esencias se muestran ocultándose”, y la esencia de una rosa al fin y al cabo no es otra que las sensaciones que desprende. De ahí el extrañamiento que esta rosa produce pues, más que rosa, es su fragmento, un compendio de inevitables pero resplandecientes desprendimientos: el pétalo ha sido desprendido de la flor y de la imagen, su aroma, textura y color. Su contemplación queda imposibilitada para nosotros puesto que nunca vamos a poder, observándola, experimentar su sensación. De esta manera, Mikha-ez nos incita a dejar de mirar su rosa para salir al jardín más cercano en busca de la nuestra propia, esa rosa que al verla, olerla y tocarla nos revele que sólo es posible pensar en las rosas una vez las hemos experimentado.